

LA CORONA DE JESÚS

Página inédita, leída por María Eugenia Vaz Ferreira en el Instituto Verdi, con motivo de la Coronación de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús de la Iglesia de las Salesas, y que gentiles manos femeninas proporcionan para este número de homenaje.

“No me he sentido nunca tan indigna de una cosa como de esta misión que se me ha confiado, ya que yo, imperfecta y deficiente como toda obra humana, debo mezclarme en ella al más sublime y venerable de los acontecimientos, repitiendo una vez más, lo que ya resonó por sí mismo en todos los ámbitos de la tierra, cuando la voz de Dios habló por los labios de su Hijo, enseñando a los hombres y a las cosas que éste era el Rey del Mundo.

Coronar a Jesús, no es, pues, una misión difícil, porque sea necesario enaltecerle, sino porque uno desearía que todo aquello que en cualquier forma le concerniera, fuera excelso y sin mácula.

Afortunadamente, al tratarse de Aquél, para cuya coronación no habrían manos suficientemente puras ni palabras bastante divinas, trátase asimismo de Aquél cuya misericordia infinita, da vida a la esperanza, aliento al buen deseo y a la osadía perdón.

Afortunadamente, la corona de Cristo, con ser la más augusta, no es símbolo de orgullo, sino de ternura y caridad; con ser la más triunfal, no es en Él atributo de soberbia, sino de tolerancia y beatitud; y luce en ella la más modesta gema.

Amasada con oro, con sudor y con sangre, con rosas y espinas, ella encarna todo el poema del sentimiento y de la mente; lleva en su oro sagrado, el fulgor que ilumina las tinieblas; en su sangre, mies de redenciones; en su sudor, riego de perseverancia; en sus espinas, dolor de sacrificio y en sus rosas perfumes de pasión.

Ungida con los más altos dones, el roce de veinte siglos no ha podido deslustrarla; resplandece al través de las evoluciones, en la luz y en la sombra, en la vida y en la muerte, en las albas gloriosas y en la noche de los desamparados...

Porque lleva en su forma la eficacia de una armonía superior, porque si una mancha la empaña, una gota de sangre justa la purifica; si un golpe la profana, un homenaje digno la ennoblece; porque siendo sólida e invariable en su bondad perfecta, es dúctil como el corazón humano; suave para el propio corazón humano, y bajo cualquier nombre, y bajo cualquier prisma, regirá original y eternamente a la conciencia universal.

Así es la corona de Jesús; así está sobre su frente; ofreciéndose a todas las cabezas; accesible para todas las manos; brillando para todas las pupilas, como una estrella inmortal de sabiduría y de esperanza.

Por eso, con la humildad de mis miserias, pero con la confianza de un grande amor, yo digo: —Jesús, Rey del mundo; Rey del cielo; Rey de los piélagos y los astros; —Jesús, Rey del Universo; — en pasado, en presente y en futuro; ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos”.